



Comentario al trabajo de Daniel Gil

MARTA LABRAGA DE MIRZA¹

Todo lenguaje puede resultar «polémico» por su perspectivismo singular y porque lleva consigo sus marcas temporales de enunciación y tal vez esta sea suficiente justificación para incluir estas notas sobre el texto de Daniel Gil de 1982 en esta sección.² Forma parte de un conjunto fundamental de escritos sobre la constitución del yo y sobre el narcisismo que inauguraron y desplegaron un modo diferente de trabajo teórico sobre los orígenes del sujeto para el psicoanálisis, articulado con diferentes autores evocados desde su formación filosófica y literaria. A su vez, estos textos han tenido un efecto continuo de transmisión al ser comentados y citados en trabajos de psicoanálisis y de otras disciplinas y también estudiados como material de reflexión en grupos de estudio y seminarios.³

Al releerlo y escribir en este «hoy», se vuelve actual su interrogante central sobre el narcisismo en sus vertientes de exceso y penuria, de angustia enmascarada en frialdad y distanciamiento, de amenaza de pérdida de amor y de imposibilidad de experimentarlo como tal, y se me aparecen situaciones de la experiencia analítica. Desde la indefensión originaria que podemos escuchar en cualquier analizando a través de los padecimientos del presente hasta la transferencia de esos sujetos que se revelan de extrema fragilidad aunque la presentación es de terquedad y dureza. Fragilidad de

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. martalabraga@gmail.com

2 Este trabajo se incorporó al libro *Antiguos crímenes* (Ediciones Trilce, 1995).

3 En 1995 aparece el libro *El yo herido* (Ediciones Trilce), enteramente dedicado a los escritos en torno al yo y al narcisismo.

una «telaraña» por un lado o «muro» del narcisismo por otro, metáforas insuficientes pero indicadoras de los extremos opuestos de las constelaciones narcisistas.

Todos estos textos apuntan a señalar que la condición de la vida psíquica es poner a raya «el error mortal del narcisismo», como dice Clément Rosset (Gil, 1994: 94), que la pretensión de conocimiento absoluto solo conduce a la muerte, que al no poder amar(se) Narciso elige a «otro», que es él mismo, y abraza la muerte y destruye al destruirse su única posibilidad de hacerse sujeto.

UNA GENEALOGÍA

El texto mismo, centrado en el mito de Narciso, marca su genealogía y en ella aparecen varias fuentes para su escritura: las que provienen del sujeto individual y su experiencia psicoanalítica, las de su relectura de Freud y la realizada por Lacan, articuladas con la reflexión sobre la cultura, y sobre todo las del contexto social y político de la dictadura con los sufrimientos de amigos y compañeros presos, exiliados o desaparecidos.

En un tiempo en que había que callar, en el que, con palabras de Esquilo, cada uno de nosotros podría haber dicho: «Un enorme buey pesa sobre mi lengua», Daniel Gil escribía tratando de entender el oscuro resorte del terror. ¿De qué forma pensar los extremos de la violencia que se ejercía sobre los detenidos? ¿Cuál era la búsqueda última del torturador? ¿Qué identidad se buscaba socavar con el terror y la tortura? ¿Llegar a los fundamentos mismos de la identificación primaria? Todo esto inserto en su interrogante central y que sigue hasta el presente en muchos de sus trabajos: ¿qué hace que el hombre pueda ser verdugo de otro hombre?

Daniel Gil, al articular los modos en que se despliega la identificación primaria, cómo en el narcisismo aparece la función del yo, y al destacar las fallas, los vacíos en la estructuración subjetiva, los rasgos siempre frágiles que la caracterizan, nos llevaba a pensar que era a ese núcleo originario del sujeto que la tortura quería llegar y destruir, provocando el mayor sufrimiento posible a un sujeto, desobjetivarlo hasta la «demolición» (Viñar & Ulriksen, 1993: 32).

La interrogación del título nos ubica en una dimensión teórica del psicoanálisis, en el que ya se había producido una profunda subversión conceptual a partir de Lacan. Pero en este trabajo Daniel Gil no escribe desde Lacan sino desde una transdisciplina que encierra una dimensión de verdad del inconsciente evocada desde el mito, como aparece en la poesía de Ovidio, desde la reflexión filosófica con el pensamiento de Plotino, y desde la literatura y la teoría de la cultura con la perspectiva de Bajtín. Sus afirmaciones perduran hoy como verdad de la clínica: Narciso no se ama a sí mismo sino que ama a «otro», no sufre de exceso de narcisismo sino que padece una falta de narcisización, y se pone el acento en la fragilidad y la vulnerabilidad de quien ha fallado en su sostén identificador y en el momento de elegirse elige a otro capturado en su trampa imaginaria.

Todo ser humano vive las alternativas originarias de los avatares narcisistas, y el «yo», narcisista, imaginario y paranoico, se constituye a partir de la imagen del otro y por lo tanto de una alienación fundante. Eso hace dejar de lado el concepto de narcisismo primario (y autoerotismo), ya que en el espejo agresividad y amor son simultáneos.

Lacan veía el narcisismo dentro del corpus freudiano como «resto mítico y desconocido», al mismo tiempo que reconocía en Freud «el uso genial de la noción de imagen», como señala en su tesis de 1932 *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, donde dice:

El narcisismo de hecho se presenta en la economía de la doctrina psicoanalítica como una «terra incognita» que los medios de investigación surgidos del estudio de la neurosis han permitido delimitar en sus fronteras pero que en su interior permanece mítico y desconocido (1985: 293).

De allí que sostenga que la consistencia de la concepción del narcisismo derivará de la comprensión de la psicosis. Hasta 1953, cuando formula el ternario SIR (lo simbólico, lo imaginario, lo real), el esfuerzo de Lacan fue reconstruir primero la ciencia psiquiátrica y después el psicoanálisis sobre la única base de la función a la vez estructurante y alienante de la imagen.

Por ejemplo, en *Los complejos familiares* de 1938 rechaza el Edipo y el complejo de castración de Freud que sitúa a partir del estadio del espejo.

Y en los años 40 desarrolla la noción de «identificación resolutive» y su definición del análisis como paranoia dirigida.

Pero en el lapso de las últimas tres décadas, el campo de estudio y profundización del narcisismo se ha abierto dentro del psicoanálisis en muchas vertientes y diferentes desarrollos que han reorientado muchas concepciones, en primer lugar, la teoría sexual, dejando muy atrás esa «terra incognita» que Lacan señalara.

EL «OTRO». EL HOY

Desde su reflexión sobre Narciso este texto de Daniel Gil se expande en varias direcciones y polemiza con el contexto freudiano afirmando:

La no jerarquización del otro lleva a una ambigüedad no conciliable entre el concepto de pulsión y el de deseo. La conceptualización freudiana del narcisismo paga tributo a la necesidad de Freud para hacer del psicoanálisis una ciencia de la naturaleza, de dar una explicación energética, con lo cual queda desestimada la dialéctica del sujeto inmerso en la cultura (1994: 95).

Justamente, fue un cambio radical de perspectiva en psicoanálisis considerar la imposibilidad de seguir sosteniendo la mirada de Freud que daba «prioridad» a lo intrapsíquico aunque fuera al mismo tiempo muy profunda su posibilidad de comprender la masa y lo social, tomados como conjunto de individuos. Y lo inter- y lo transobjetivo, así como la exterioridad, desde los cuales se funda el yo, serán puntos fuertes de la teorización de Lacan.

En el *Seminario 1* de 1953-1954 destaca:

El otro tiene para el hombre un valor cautivador, dada la anticipación que representa la imagen unitaria tal como ella es percibida en el espejo o bien en la realidad toda del semejante (1981: 193).

Nuestra contemporaneidad, marcada por las disciplinas que nos guiaron en las últimas décadas del siglo xx y en estas del siglo XXI, nos revela

la incidencia permanente en el lenguaje y los discursos de las transformaciones de lo social y político, en los modos de vivir, de desear y en la forma en que se modificaron las condiciones mismas de la subjetividad. No hay «yo» que pueda ser independiente de lo intersubjetivo ni de lo transubjetivo. Lo imaginario y el desconocimiento son condición del yo pero no se pueden separar de lo simbólico y lo real. «La organización pasional a la que llamamos yo» proviene de una relación erótica en la que el individuo se fija en una imagen que lo enajena y de la que toma su energía y forma, como destaca Lacan en *La agresividad en psicoanálisis*, su trabajo de 1948 (1998: 106), pero en la que lo central es la tensión entre el individuo y la imagen. De ahí la naturaleza de la agresividad en el hombre y sus objetos y las transformaciones que lo sociopolítico y cultural va imprimiendo en los sujetos.

Es por esto que nos interpelan los cambios de concepciones del prójimo, del semejante, del extranjero, del «otro», en un mundo de límites imprecisos y cambiantes, de migrantes forzosos y a permanencia en situación de expulsión de sus zonas de nacimiento por las guerras y sus efectos, pero también de seres que hacen del movimiento del viaje, por ejemplo, la renovación narcisista más continua, un eterno recommienzo y un deseo permanente de cambio.

También las inversiones violentas de lo privado en espectacularización pública construyen otro tipo de miradas y espejos contemporáneos que pueden abarcar un gran abanico de efectos sobre la configuración subjetiva: desde la multiplicación de estímulos creativos y eróticos hasta la obscenidad de la banalización de toda exhibición y contacto y de las violencias y miserias repetidas.

Nunca sabemos bien dónde se sustenta ese «otro» con quien el narcisista siempre se compara, se mide, se estudia, y por quien, en la alienación de sí, puede llegar a destruirse: en la realidad de la muerte o en las mil formas del desconocimiento, en el desprecio y ataque paranoico o en el sufrimiento mortificante de una existencia volcada a anhelar ser otro-otra, más allá de un límite que nunca se pudo tolerar.

El sujeto narcisista no atraviesa la rebelión, «no puede apropiarse de la alteridad», señala Daniel Gil. Sino que «se pierde en el otro». Y surge una afirmación que siempre nos resultó muy contundente: «La identidad sin alteridad es la muerte y la alteridad sin identidad es locura».

Aunque la «falta» nos es constitutiva por nuestra condición de hablantes inmersos en el lenguaje y separados desde el origen de la totalidad y del sentido, no es esto lo que hace a las fallas de las identificaciones primarias. En estas se trata de seres con intensas heridas narcisistas, que no supieron de límites originarios, esos que ofrecen una narcisización «suficiente», la que «da cuerpo» y permite la subjetivación por la mirada, la voz y los afectos. No ser mirado es no ser sostenido, hablado, ser imposible de volverse consistente como sujeto.

Y esas fallas que Daniel Gil presenta como «patología previa a la instalación del complejo de Edipo» creemos que se dan dentro de una estructura que es edípica en la constitución de los «lugares y funciones» desde el origen y en la que se despliega la subjetivación, que es siempre defectiva porque acontece en «la penumbra de la eficacia simbólica», ya que lo simbólico, el valor mediador del lenguaje que lleva a la mediación entre el sujeto y su semejante, que tiene una función pacificadora, por el ideal del yo, nunca se instala totalmente.

Como Lacan tuvo necesidad en el *estadio del espejo* de establecer un dinamismo y una simultaneidad de fenómenos dentro de una matriz simbólica para la estructuración subjetiva destacando que se trataba de la formación del yo en un ser en desarrollo (de los seis a los dieciocho meses), del mismo modo Daniel Gil redefine la identificación primaria englobando allí la interrelación padres-hijo en un:

amplio y complejo movimiento estructural donde se interrelacionan aspectos de la maduración neurofisiológica, deseos, vivencias, acontecimientos, fantasías, gestados en la interrelación del niño con su medio. No sería un movimiento único y unidireccional entre el niño y los padres, sino un movimiento múltiple donde cada uno de los pasos va determinando el siguiente y a su vez se revierte sobre los anteriores y se enlaza con todos los demás. No solo secuencia cronológica, sobre todo interrelación dinámica (Gil, 1995: 40).

Destacando la relación yo-otro, Philippe Julien señala los elementos constitutivos de la naturaleza del «yo» en el estadio del espejo: la dependencia radical del gesto del prójimo (por prematuridad); la diacronía:

por la visión del otro el niño anticipa su motricidad futura, la ve realizada en el otro; la totalidad unificada, el otro como imagen total y el espejo operando la victoria sobre la fragmentación de los miembros por la falta de coordinación, y sobre todo la investidura libidinal de la imagen que se manifiesta en el júbilo del niño (cf. 1986: 46).

Pero Guy le Gaufeý hace del «giro» del niño hacia el rostro de quien lo ve mirarse y lo sostiene un momento fundamental, un «trayecto de miradas» desde la imagen especular al asentimiento del otro:

El estadio del espejo no se completa para Lacan sino cuando lo que pudo identificarse con la imagen en el espejo se da vuelta para identificarse con el signo del asentimiento (1998: 119);

El yo ideal queda del lado de la imagen especular y del imaginario engañoso, y el ideal del yo como puro rasgo fuera del espejo, otra alteridad, desde donde verse amado.

A estas «escenas» se vuelve de diferentes modos en el análisis en el après-coup que Lacan señalara al llamar al estadio del espejo «formador de la función del yo tal como es revelada en la experiencia analítica». Donde el analista «sabe» que el deseo y la función sexual se caracterizan por el desorden, que «la imagen en la neurosis o en la perversión presenta una especie de fragmentación, de estallido, de despedazamiento, de inadaptación e inadecuación» (Lacan, 1981: 211), el narcisista muestra la «necesidad» de encaje perfecto, el deseo de ajuste entre los objetos del mundo y sus deseos y necesidades, lo entero y lo completo. Es toda la complejidad de la constitución de la realidad y la forma del cuerpo y el yo lo que está en juego.

El yo es desconocimiento y nada de lo totalizador nos es posible; el conocerse o pretender descubrir y saber quiénes somos sin enigmas, sin gravedad, es enfrentar la muerte. Dominar sin trabas nuestro «centro de gravedad», la aspiración a la armonía y la unidad, la eliminación de la falla es lo que irradian el mito de Narciso o el estallido romántico del ensayo de 1810 «El teatro de marionetas» de H. von Kleist (1777-1811) y en su discípulo Hoffmann la proliferación de las figuras del doble en su faz ominosa y *Unheimlich*, anunciadora de la muerte. Se vuelve siniestro

lo que se idealizó de la marioneta y de lo inanimado, la ingravidez, para escapar de la temporalidad, el límite, la castración.⁴

Son rasgos que vemos reaparecer en analizando que padecen aunque parezcan no sufrir y hacen padecer a otros que inútilmente les ofrecen amor. Como para sacudirlos como Eco con su persecución desgraciada frente al retiro o refugio narcisista que deja a todos afuera. Son formas de «desinversión objetual» extremas, en las que nada ni nadie alcanza para el sacudimiento afectivo.

¿Ponen de manifiesto el diferimiento continuo de la acción, como guiados siempre por una espera de algo mejor? ¿Algo que despierte verdaderamente su interés? Mantener a distancia al otro, al deseo presentado siempre como grandioso y la realización vista como algo pobre o insignificante. Eso que se emparenta con el deseo obsesivo de postergación tendría su fuente en un diferir lo que se anhela que toca, al ser imposible, a la muerte.

Las formas en que pueden aparecer los extremos de esa vulnerabilidad de origen en transferencia son variadas. Pero en todos los casos hay, en el comienzo de esas vidas, heridas que resultan irreparables. La autosuficiencia e independencia encierran una radical falta de autoestima y extrema dependencia y pedido de incondicionalidad del amor o de la estima. Muchas veces toda falla quiere ser eliminada por la erudición intelectual y por caminos de grandiosidad, envueltos en la megalomanía infantil y dominados más por el afecto de la vergüenza que de la culpa.

Y si para concluir retomo la interrogante inicial del trabajo, diría que podríamos quitar el signo y decir que Narciso «es» el narcisismo, porque los poetas pueden siempre ir más allá, en su poder de sugerir, que la racionalidad reflexiva de los mitos. Esta queda opaca frente a lo que Ovidio esclarece en su decir de Narciso dentro del tópico conocimiento-saber, revelación-muerte, que Daniel Gil lee con fina «escucha» psicoanalítica y produce un texto que nos despierta todas estas asociaciones.

4 En el relato de Von Kleist lo central es la diferencia entre lo humano, que sería el bailarín «real» que está sometido a la gravedad, al esfuerzo y al error, y lo inhumano, que sería la marioneta, que puede aparecer en toda su gracia sin obstáculos manejada con eficiencia por el titiritero, que solo mueve su centro de gravedad.

En los fragmentos de Ovidio citados me parece central la ausencia de interés, de deseo, la desinvertidura pulsional de Narciso, que no mira nada, no busca, huye y prescinde del objeto que lo ama (y no del objeto de amor), porque este contacto le mostraría lo que se empeña en distanciar todo el tiempo: la imposibilidad del uno, de la totalidad, de ser uno; el que lo ama es el objeto de la falta (implica castración y límite) y justamente donde se mira, en su propia imagen, encuentra el espejo de la muerte en el momento de «conocerse»: «el deseo no nos conduce más que a la mira de la falla donde se demuestra que el Uno solo depende de la esencia del significante» (Lacan, 1989: 13). ♦

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. O. C. t. xiv. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- Gil, D. (1994). *Antiguos crímenes*. Montevideo: Trilce.
- (1995). *El yo herido*. Montevideo: Trilce, 1995.
- (2011). *Errancias*. Montevideo: Trilce, 2011.
- Julien, P. (1986). *Le retour à Freud de Jacques Lacan*. Toulouse: Érès.
- Kleist, H. von (1810). *Sobre el teatro de marionetas y otros ensayos de arte*. Madrid: Hiperion, 1988.
- Lacan, J. (1932). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. México: Siglo XXI, 1985.
- (1953-1954). *Seminario 1*. Buenos Aires: Paidós, 1981.
- (1972-1973). *Seminario 20*. Buenos Aires: Paidós, 1989.
- (1966). *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1998.
- Le Gaufey, G. (1998). *El lazo especular*. Buenos Aires: Edelp.
- Ovidio Nasón, P. (1980). *Metamorfosis*. México: UNAM.
- Viñar, M. & Ulriksen, M. (1993). *Fracturas de memoria*. Montevideo: Trilce.